



CRISTOBAL COLON

Ó EL

DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA.

ROMANCE HISTÓRICO

en el que se refiere cómo se realizó esta peligrosa y gigantesca empresa.

INTRODUCCION.

¡Ayúdame, dulce lira!
lanza al viento ardiente son;
pueblo potente el espacio
de alegres ecos tu voz;
engalanan áureas flores
tu *pentacorde*, que al sol
oscurece con las chispas
de su dorado fulgor.
Lleven las brisas tu acento
sobre sus alas veloz
por los ámbitos del mundo,
y muestra al mundo que son
tus glorias, cual las estrellas
en número y esplendor.
¡Ayúdame! que pretendo
contar á mi pueblo hoy
un episodio glorioso
que por sueño reputó.
ó por locura la Europa;
pero la bondad de Dios
trocó en gloria positiva
la mal llamada vision,
y en riqueza y poderío
lo que sueño se creyó.

* * *
A fines del siglo quince,
siglo glorioso que vió

por vez primera en España,
de sus monarcas en pos
unirse con fuerte lazo
á Castilla y Aragon.
Glorioso siglo que al moro
de nuestro suelo arrojó
tras siete siglos de lucha,
de constancia y de valor.
A fines del siglo quince,
el buen Cristóbal Colon,
gracias á Deza y Marchena,
sábios y monges los dos,
de los católicos reyes
obtuvo autorizacion,
y gente, buques, dinero
y todo cuanto juzgó
para la arriesgada empresa
de inmediata aplicacion.
La conquista de Granada
felizmente terminó
el 19 de Abril
del año noventa y dos;
año dichoso en que obtuvo
al buen genovés Colon
el título de Almirante
y de Virey, como honor
que los reyes concedieron
al génio que concibió
la empresa que dió mas brillo



al noble pueblo español.
 Era el viernes 3 de Agosto
 del año noventa y dos,
 y tres galeras salian
 sus velas tendiendo al sol
 del puertecillo de Palos.
 Las brisas contra el calor
 en frescas emanaciones
 se exhalaban, y en su pos
 hinchaba el viento las velas,
 que con impulso veloz
 empujaban á las naves
 sobre el líquido color
 que mil matices cambiaba
 al reverberar del sol.
 Ciento veinte hombres tan solo
 era la tripulacion
 que las galeras llevaban.
 El mas heróico valor
 impulsaba á los marinos
 que el gran Cristóbal Colon
 tras problemática empresa
 de sus lares arrancó.
 «¡Patria, familia y amigos!...
 ¡tal vez para siempre adios!»
 dijeron aquellos héroes
 cuando el amarre rompió
 la urca Santa María.
 que tripulaba Colon.
 «¡Locos!» decian las gentes,
 que en el puerto en confusion
 comentaban de mil modos
 aquella empresa: «mejor
 «os fuera no haber nacido;
 «¿quién así os aconsejó
 «para correr aventuras
 «de ese genovés en pos
 «que habla de un mundo que aca-
 «solo en su mente existió?» (so
 Y en tanto el rumbo á Canarias
 con feliz navegacion
 la reducida escuadrilla
 con entusiasmo emprendió.

* * *

Ya hacia dias que surcaba
 de las naves el timon
 por el líquido elemento,
 en tanto que el ciego ardor
 de los audaces marinos

velozmente decreció.
 Cielo y agua solo veian
 á la salida del sol;
 al otro dia agua y cielo
 cual vieran el anterior.
 Los tímidos se callaban,
 pero los audaces no,
 é increpaban á su gefe
 que con sereno valor
 con palabras, y promesas
 hijas de un gran corazon,
 pretendia convencerles
 acallando su temor.
 Dias tras dias pasaban
 mientras Cristóbal Colon
 de los mapas al espacio
 con su mirada veloz
 pasaba, cual si quisiera
 con su génio y conviccion
 evocar cual un espectro
 aquel mundo que soñó.
 La esperanza le alentaba
 á soportar con valor
 vigiliias y privaciones,
 mas no á la tripulacion
 que en secreto conspiraba
 contra su gefe, y trató
 de asesinarle una noche.
 Por Colon velaba Dios,
 y aquella noche que ansiara
 la fementida traicion
 por quitar la vida á un hombre
 y á la España un esplendor,
 fué noche que su grandeza
 á los marinos mostró,
 haciendo del hombre el héroe,
 y del héroe casi un Dios.
 Treinta y cinco dias justos
 hizo que Colon salió
 de Canarias esa noche;
 dias que viera Colon
 con desaliento unas veces,
 otras con febril ardor,
 mas siempre con la esperanza
 y la firme conviccion
 de que otro mundo existia
 que su ciencia le mostró.

* * *

Era una noche serena

del mes de Octubre; al fulgor
 de la luna que rielaba
 con inquieta oscilacion
 formando argentada cinta
 que bordaran con primor
 movibles y agudas puntas
 por gigantesca estension,
 bañadas en su luz blanca
 las velas que el viento hinchó
 de las tres embarcaciones,
 al misterioso rumor
 de las cristalinas ondas
 con movimiento veloz
 se mecian, cual se mecen
 en su vuelo jugueton
 las marítimas gabiotas.
 Cual tela que Dios bordó,
 las oscilantes estrellas
 con su vivo resplandor
 manto de ricos brillantes
 mostraban; el aquilon
 jugueteaba con las brisas
 que robaban el olor
 y la frescura á las ondas,
 y con melódico son
 misterio en torno esparcian
 mudo lenguaje de amor.
 Nada á bordo se escuchaba,
 y nadie á bordo durmió,
 pues nada desvela tanto
 cual de la duda el temor,
 ó el miedo que vaga en torno
 de la cobarde traicion.
 Colon velaba dudando
 si acaso se equivocó,
 y sus soldados velaban
 por darle muerte á Colon.
 Un fatídico silencio
 reinaba, solo el rumor
 de las ondas que cortaba
 el anguloso timon
 se oia, á cuyo murmurio
 con oscilante esplendor
 una luminosa estela
 de la escuadrilla iba en pos.
 «Ya es la hora» dice airada
 una cavernosa voz.
 «Vamos» se oyó canteloso
 de otras voces el rumor,

y resonaron pisadas
 tomando la direccion
 del camarote ocupado
 por el gefe, que no oyó
 ni de voces el murmullo,
 ni de pasos el rumor.
 «¡Tierra!» el vigía anhelante
 con voz patente gritó.
 «¡Tierra!» dijeron los unos.
 «¡Tierra!» los otros en pos.
 Pálido el grito de ¡tierra!
 puso á Cristóbal Colon,
 y con febril energía
 en el puente se lanzó;
 su frente augusta brillaba
 con deslumbrante esplendor,
 pues contemplaban sus ojos
 el mundo que en sueños vió.
 Ante él hincó la rodilla
 toda la tripulacion,
 pues en Colon mas que un hom-
 miraban acaso un Dios. (bre

Trece de Octubre^{* *} era el dia
 que de Castilla el pendon
 del nuevo mundo en las costas
 con arrogancia ondeó.
 Dia que viera postrarse
 al gran Cristóbal Colon,
 humillando su grandeza
 á la grandeza de Dios.
 «¡Gracias, Dios mio!» decia:
 ¡mil gracias, Señor, os doy!
 y oraba anegado en llanto
 con religioso fervor.
 Y es que Colon, en la fé
 mas que en la ciencia fió,
 pues Colon era cristiano,
 muy cristiano era Colon.
 «¡Loco!» le dijo la Europa;
 solo la España le oyó;
 y la Europa avergonzada
 ante su enérgica voz,
 bajó entonces la cabeza,
 porque no era sueño, no,
 el mundo que adivinara
 el gran Cristóbal Colon.
 Puso á esta isla por nombre
 el nombre del Salvador,



y tras un breve descanso de nuevo el rumbo emprendió, descubriendo Fernandina, la isla de la Concepcion, Cuba, Isabela y aun otra que Española la llamó. Dia diez y seis de Enero daba la vuelta. Colon á España, y al encontrarse en las Azores, sufrió una horrorosa tormenta, que su intrépido valor trocó en mortal desaliento. No de la muerte feroz el torbo ceño imponía al buen Cristóbal Colon. Era el pensar que la empresa que á cabo feliz llevó hollando con firme planta otro mundo donde el sol despedía mas brillante su esplendente resplandor, iba á quedar ignorada, velada en negro crespon, aquella empresa brillante con que á la España dotó. Mas por su vida y su empresa velaba benigno Dios, y allá en el puerto de Palos de nuevo la escuadra ancló. En Barcelona la corte se encontraba, ya Colon corria de triunfo en triunfo cuando á la corte llegó. De Framenors (1) en la plaza con inmensa ostentacion se levantó un catafalco, y allí el héroe presentó á los católicos reyes las preseas, y á su voz mostráronse algunos indios mirando con estupor aquel pueblo que entusiasta potente alzaba su voz, aclamando al génio invicto ¡al gran Cristóbal Colon!

(1) Hoy de Medinaceli.

Dos viajes despues hizo, en los cuales descubrió Guadalupe, Dominica, San Cristóbal y en redor de Cuba ó Isla de Pinos á la Isabela volvió. Reconoció el continente del nuevo mundo, y en pos del continente, tres islas que en su camino encontró. Finalmente, volvió á España, donde la negra traicion para pagar los servicios que su indomable valor prestara á la monarquía al gran sábio encarceló. Y la mano que empuñara el castellano pendon del nuevo mundo en las costas, y aquellos pies con que holló las abrasadas arenas de Cuba y del Salvador, fueron presa del grillete, que forjara la traicion. Año mil quinientos seis en Valladolid murió tendido en mísero lecho el gran Cristóbal Colon; veinte de Mayo, esta fecha hace mirar con dolor que la España fuera ingrata con el génio que encontró para sus arcas, riquezas, para su gloria, esplendor. Solo la historia fué justa colocando junto al sol este nombre, que los siglos ven con digna admiracion. La historia escribió sus hechos, y de sus hechos en pos, un monumento á su gloria es cada pecho español. Recuerda, pueblo, estos hechos, mirando cual miro yo, que le debemos un mundo al gran Cristóbal Colon.

LISARDO.